

Resumen

Tratamos en este ensayo una recorrida veloz sobre el capitalismo y su mutación al neoliberalismo. Es un recorrido más enunciativo que exhaustivo, que cita instancias que se pueden reconocer a simple vista en el mapa histórico del fenómeno citado, y donde gran parte de lo recreado tiene relación con Argentina, que es en realidad nuestro campo principal. Algunos conceptos como sociedad “capitalista – obrero/consumidor” no pueden citarse de ninguna obra ya que son el resultado de todos los Canclini, Castells, Barbero, Ramonet, Bourdieu, Marx que confluyen para que ese tipo de expresión arribe intentando ayudar, así sea levemente, a la hora de mirar cómo un fenómeno socioeconómico, como el capitalismo, cambia, se transforma en su nueva versión potenciada, el neoliberalismo, modificando la vida de poblaciones enteras, todo el mundo occidental por decir. La posmodernidad acude a este instante histórico-social como el modo cultural apropiado. Trae liberación a la vez que desata conductas que hoy están en tela de juicio debido a la pérdida de hilos conductores que se han demostrado más que necesarios a lo largo del desarrollo del ser humano. Alguna alusión particular a nuestra historia cercana viene a respaldar una posición, inocultable por cierto, no favorable a la llamada evolución del capitalismo; esta aclaración se hace perentoria en una coyuntura como la actual. ¿Desde qué ángulo instalamos nuestra mirada? Particularmente nos reconocemos como hijos y nietos de obreros, como un simple ejemplo de movilidad más cultural que social, ya que seguimos navegando la misma corriente de donde provenimos y a la cual pertenecemos.

El comienzo

Hasta mediados del siglo XIX, instancia en que la “técnica” se establece como herramienta motora de la vida cotidiana, las sociedades vivían, en su mayoría, sumidas en una languidez donde el sujeto con ideas de progreso era aquel que tenía posibilidades de educación, una situación de sumo privilegio, la cual con sus conocimientos alentaba la búsqueda de nuevos horizontes.

La masa, la población numerosa siempre fue arrastrada por las diferentes coyunturas y solo aquellos que lograban por algún medio romper con su destino eran quienes iban en busca del progreso. El resto tenían una vida limitada por la pobreza, el inacabable sentido de carencia y la más absoluta ignorancia de su ignorancia.

La revolución industrial replantea el comportamiento de los hombres; Augusto Comte postulaba que hasta ese punto el hombre había vivido y se había expandido contenido por lo que él denominaba la ley de los tres estados: religioso, metafísico y positivo, siendo este último el motor del cambio social y un factor de expansión como nunca antes se había visto.

Las sociedades aumentaban sus poblaciones y en las mismas el abanico de tareas se multiplicaba de la mano de las nuevas técnicas que la producción de bienes desarrollaba directa o indirectamente.

Nace una asociación

El capitalismo ya existente desde antes encuentra en este método de organización y producción el ambiente perfecto para su desarrollo, expansión y dominación. Las riquezas ya no son solo para la aristocracia o las realezas, hacia la mitad del siglo XIX comienzan a aparecer los sujetos que eventualmente llegarían a dominar grandes áreas de industrias que aun no estaban definidas y que fueron vislumbradas por estos visionarios. Sujetos como Rockefeller, Scott, Carnegie, Morgan, Ford, capitanes de la industria, por mencionar una potencia industrial como EEUU, que amasaron fortunas y poder al punto de competir con su propio estado.

Las masas seguían viviendo una vida gris que se iría aclarando paulatinamente de la mano de la acción política en la disputa entre clases. Los logros alcanzados por esta vía están claramente plasmados en la vida actual. Vivimos en una época cimentada en el sudor de generaciones enteras de personas que funcionaron a lo largo de la historia como dotación de trabajo; antes para el feudo, tras la revolución industrial para el capitalista. Pero, y es correcto asignarlo, es el capitalismo la causa primordial del desarrollo de esas masas.

Es así que el capitalismo primitivo propiciaba negocios entre capitalistas o portentosos mientras que en el capitalismo moderno necesita de la masa como máxima consumidora de los bienes producidos. Posiblemente la primera prueba de esto haya sido la crisis de 1873. En esos momentos del desarrollo capitalista las máquinas, la sobreproducción, los salarios míseros no permitían que esa clase trabajadora se sumase a la esfera del consumo. Esto traía severas revueltas gremiales y protestas.

Cuando la producción de un bien es adquirida por todos aquellos posibles consumidores, o se deja de producir, o se buscan nuevos consumidores. ¿Cuál es la fuente mayor de consumidores en el circuito? Respuesta: la misma dotación que los produce.

Esto convierte al obrero en un socio real aunque en diferentes niveles; no participa de la empresa ejecutivamente, pero es fundamental para su funcionamiento; como público interno en lo referido a la relación entre obrero y patrón y a la producción, y como público externo como ese sujeto hacia el cual van dirigidas las acciones de la empresa como consumidor.

Con las décadas y más de un siglo el capitalismo este ha evolucionado y por consiguiente también lo ha hecho su “socio” trabajador/consumidor. La globalización ha permitido la comunicación entre puntos distantes, tanto en el aspecto comunicacional propiamente dicho como físicamente, debido al desarrollo que ha mostrado el transporte a nivel cargas tanto marítimas, ferroviarias como aéreas.

Las técnicas de marketing, con el uso de las nuevas tecnologías, hacen gala de ser indetenibles. Nos inundan las propagandas, publicidades y propuestas, en nuestro ambiente de trabajo y familiar, a través de la TV, la radio, el teléfono hogareño, el celular. Somos objetivos de una campaña brutal que libran las empresas por ganar terreno o no perderlo según la óptica o la coyuntura económica imperante.

Desde el fin de la segunda guerra mundial el mundo capitalista mostro su mayor esplendor. Las sociedades eran estables, un sujeto podía programar su vida en base a un oficio, lo mismo con un empleo, la movilidad social era una realidad. Había de todo para todos. Parecía que la sociedad funcionaba (la sociedad capitalismo – trabajador/consumidor) tal cual estaba planteada. Las comodidades llegaban cada vez a mayores sectores de la población. En Argentina a partir de los cuarenta comienza una etapa donde la masa trabajadora emerge organizada, progresa de la mano de una industria que crece y que reparte la renta con un trabajador que a la vez es su mayor consumidor.

Fueron las décadas donde el confort llegaba a la casa del trabajador; arribaba en forma de equipamiento electrodoméstico, vehículos, avances en las condiciones laborales, educación, salud, etc. Todo esto significaba que esa clase trabajadora se incorporaba paulatinamente a una clase media que de este modo se expandía tanto tamaño como en las áreas físicas que comenzaba a ocupar. Este proceso puede constatarse en nuestra historia desde los cuarenta hasta los setenta, década en que su deterioro creció hasta la ruptura. Este proceso en la historia argentina fue poseedor de una enorme inercia ya que sobrevivió a coyunturas políticas muy poco favorables gestadas en golpes de estado sucedidos a partir de 1955 que limitaron la vida democrática nacional segregando e impidiendo a una gran parte de la población su ejercicio electoral prohibiendo a su ala política la participación en el mismo.

La segunda mitad del siglo XX muestra a sociedades cada vez más tecnificadas con sujetos sociales pertenecientes a la masa trabajadora despegando de su estrato hacia uno llamado "clase media". Esta clase media trabaja, estudia y muestra a los primeros profesionales hijos de trabajadores. La clase media es clase trabajadora con beneficios, ya que si no trabaja no cobra y por ende no vive. La clase media es el anhelo de todo trabajador que consciente de la realidad social desea algo más para su futuro y el de su descendencia.

El cuestionamiento societario: una decisión acerca de cuanto más ganar.

Pero en los setenta algo sucedió. La sociedad capitalismo – consumidor fue cuestionada desde el área ejecutiva. Posiblemente El capital se pregunto por qué repartir tanto, ¿es necesario este nivel de estado de bienestar para seguir ganando? O es factible alterar el factor de sociedad virtual que se mantiene con el consumidor sin perderlo. En algún momento alguien quiso ganar más y desarrolló en consecuencia las técnicas de recursos humanos para la selección y control del trabajador, las técnicas de mercadeo para extender la cartilla de consumidores, las políticas necesarias para migrar la producción hacia zonas más económicas en lo salarial y fundamentalmente los lazos de poder que le permitiesen atender a tantos nuevos socios (consumidores) con el mismo capital absoluto que repartía con el número de socios que hasta ese momento era considerablemente menor.

La globalización le permitió a una industria hacer lazos y corporizarse en megaindustrias o corporaciones mundiales. Ya casi no hay grandes empresas y menos nacionales (salvo pequeñas excepciones, o el sector de los sobrevivientes que es la esfera de las Pymes). Si antes una industria repartía con sus consumidores a través de precios bajos ahora para producir todo lo más que esta nueva realidad le exige debe expandir su plantilla de trabajadores lo que se traduce en más gastos. La nueva realidad exige gastar más en más obreros para que una producción mayor llegue a más consumidores. Se ajustan los sueldos para que esta modificación estructural no golpee más de lo debido. Toda la producción extra con su consiguiente ganancia debería permitir que esa instancia social conocida como la era de oro del capitalismo siguiese funcionando. Pero no fue así. Alguien decidió ganar más.

El fin del estado de bienestar

El sujeto social se había acostumbrado al estado de bienestar que reinó hasta los setenta. A partir de ahí fue creciendo la añoranza hasta llegar al apogeo de la angustia de los noventa donde el neoliberalismo arremetió dejando un cuerpo social demolido y convertido, en casi un 40%, en ejercito de reserva para dotaciones de trabajadores sobre los cuales pendía la espada de la flexibilización laboral solicitada para imponer el nuevo factor societario. Alguien decidió ganar más y el procedimiento a implementarse, por cruel, debe contar con un respaldo en alguna fuerza represora; en este caso el mayor exponente de esta fuerza represora era el temor a quedar sin trabajo.

Hoy en el mundo neocapitalista sobrevivir es relativamente fácil; cualquier trabajo permite los medios para una sobrevivencia paupérrima pero sobrevivencia al fin. Países como el nuestro asisten en salud y educación gratuitamente. Pero esto no siempre se sostuvo como premisa. Las corrientes neoliberales en argentina intentaron a partir de 1976 degradar la educación pública para imponer la privada paga. Somos testigos (ya que estudiamos en instituciones estatales tanto colegio primario como el secundario industrial) de instituciones, colegios majestuosos caídos en desgracia, olvidados y destruidos por la desidia oficial premeditada. En el capitalismo todo es mercancía; a tal punto que un presidente latinoamericano propio de esta ideología neoliberal, (Sebastián Piñera) postulaba que la educación es un bien y como tal debe ser tratado; olvidaba que no todo bien es un bien de cambio.

Decíamos que sobrevivir se ha hecho relativamente fácil, pero vivir, como un concepto diferente de “durar” es cada vez más difícil. La modificación del factor de ganancia afecta la vida de las sociedades de una manera total y profunda. Ya nada es fácil a la hora de progresar. Todo cuesta cada vez más y no es una cuestión de inflación sino de hábitos a la hora de tasar los productos donde los márgenes de ganancia se dispararon a la sinrazón. Sucede que en un ambiente donde circula riqueza son los nodos de poder económico los que intentan su posesión, bancos que ganan y no prestan, hipercomercios que adquieren producciones completas de ciertos bienes y a partir de eso funcionan como formadores de precios como si de monopolios se tratase, son solo ejemplos de esta coyuntura.

El neoliberalismo tiró sobre la mesa premisas verosímiles pero falaces. Contó inicialmente con una coyuntura política asociada con los grandes grupos de poder económico. La alianza Reagan - Thatcher que dio por terminado el período en que el estado podía intervenir o imponer controles. Basta de controles pareció decir el mundo capitalista. Dejen que el mercado se regule solo, como si fuese posible que quien está ganando se detenga porque considere que lo ganado fue suficiente.

Las falacias filosóficas del neoliberalismo – La clase media

El neoliberalismo/neocapitalismo promulgó el fin de la historia, el fin de las ideologías, el fin de todo aquello que fuese tiempo sin ganancias, el fin de todo aquello que no diese ganancias. En fin: toda una cartilla de recetas filosóficas-utilitaristas donde el saber servía si valía, esto es: si era aplicable a algún proceso que permitiese ganancias. Con ello también se retiraba inexorablemente el estado de bienestar. Caía un paradigma pero no por no poder superar las controversias teóricas o crisis producto del modelo; no había tales crisis; al menos no con la fuerza para una revolución económica cultural. Aquí el paradigma kuhneano caía por decisión de quienes podían tenían y podían ejercer el poder necesario para cambiarlo.

La clase abanderada del neoliberalismo fue la que terminó pagando las entradas más caras de ese show y esta fue la clase media. La clase media abrazaba esta corriente por novedosa, por posmoderna al sumarse al derribo de los viejos y pesados relatos. No vieron que ahí, junto con los caducos, se iban relatos irrecuperables. Fukuyama (El Fin de la Historia) observa a fines de los ochenta que la cosa no salió tan bien como creía (él y varios más). El traspaso de producción a servicios dejó a gran parte de la clase media sin trabajo. Y eso no paso solo en EEUU; paso en todos los países que mudaron su producción a lugares con ventajas de costos (traicionaron a sus socios consumidores por otros trabajadores no socios), o en países que abrieron sus mercados al mundo en una desigual competencia donde el perder su industrias (Pymes) era la única opción (Argentina) y en definitiva lo que sucedió.

Las corporaciones no vieron o no les importó (esto último) si el consumidor ya no podía con el trato, ahora había consumidores de todo el mundo a quien tentar y con quienes no repartir nada. La clase obrera se pauperizaba mientras el capital se aglutinaba y fortalecía.

Fukuyama observó en su siguiente enfoque (enfoque correctivo), El Futuro de la Historia¹, en vuelo de pájaro sobre la historia reciente, destacaba como la participación popular había crecido de la mano del voto irrestricto (antes sujeto a propiedad), destacó a su vez aquello que mencionamos acerca de la organización obrera y de cómo esta fue génesis de nuevas clases medias y cómo el proceso de migración de la producción a los servicios los dañó haciéndoles perder fuerza y volumen.

¹ El Futuro de la Historia es un mea culpa donde este filósofo del neoliberalismo se retracta de las consideraciones que oportunamente postuló y que debido a ser funcional a la nueva ola político-económica global fuese tomado como un oráculo de la posmodernidad malentendida.

Un neoliberalismo automatizante que debido a esto propició aún más desempleo. Cadenas de producción automática, sembrados con tractores con GPS, automatización en la cosecha, todo en desmedro del trabajo humano. La parte que ponía el socio trabajador-consumidor ya no valía nada y entonces el círculo se cerraba con fuera de tenaza. Alguien quería ganar más y lo consiguió.

Fukuyama advierte que las clases medias, hijas de un proceso productivo de mediados del siglo XX, hoy poseen medios y tecnología que les permiten un rol participativo que puede llegar hasta inquietar a gobiernos; estas clases medias no son democráticas ni pluralistas, son egoístas y reaccionarias al pedido de redistribución hacia quienes menos tienen. Aquí vemos un punto donde darle coincidencias con nuestra sociedad argentina.

El neoliberalismo intentó establecerse como una usina de clase media y fracasó. ¿Cómo un modelo que achica el ámbito donde se crea clase media puede ser así designado? El neoliberalismo solicita a las naciones apertura a los mercados externos, y de un modo brutalmente contradictorio citan a Alemania como ejemplo por haber establecido un proteccionismo hacia su fuerza laboral. Esto representa el ejemplo paradigmático del proteccionismo velado de las potencias.

El neoliberalismo no tuvo ningún contendiente a su altura. El comunismo soviético se había derrumbado, entre otros varios factores, bajo el costoso peso de una carrera armamentista que pagó de su bolsillo mientras su rival lo financiaba *ad eternum*. La izquierda no podía y aún no puede competir con el menú de tentaciones que propone el capitalismo, básicamente no cuenta entre sus impulsores con el motor del deseo freudiano; Audi, BMW, Porsche, Ducati, Ferrari, Aston Martin, son todos nombres que significan elite. Hay pocos elitistas más radicales que aquellos que desean serlo o los que se acercan bastante pero no les alcanza. Posiblemente esto pueda explicar ese deseo que manifiestan muchos individuos de ser lo que no son o el terror al cambio y explique en algo el aumento de las corrientes reaccionarias de derecha en Europa donde ser extranjero está convirtiéndose en un problema cada vez más importante. Neonazis, fascistas, como sectores extremos, reaccionarios y conservadores en general son la viva expresión del miedo a perder los privilegios que pertenecer a la clase media (o más elevadas) asignaba y que se hacen más complicados en el día a día sostener. Esto último se aplica letra a letra a nuestro país.

La posmodernidad: algo bueno que no resultó tan bueno

El capitalismo nuevo, tardío o neocapitalismo es una etapa donde reina culturalmente el posmodernismo; este ya no como una continuación de la modernidad sino como algo completamente nuevo y aislado donde el sujeto adquiere una preponderancia patológica, donde todo lo que pasa por el individuo está magnificado, exacerbado; donde lo importante no es encontrar sentido a las cosas sino pasar de una a la otra en un movimiento continuo que no requiere de sentidos orientadores o explicativos como conductores (Jean François Lyotard, la Condición Posmoderna).

Terry Eagleton, crítico a esta visión posmodernista (Las ilusiones del Posmodernismo), se horroriza y exclama “El poder del capital es ahora tan terriblemente familiar, tan sublimemente omnipotente y omnipresente”; el mundo accidental (y no tan solo el occidental: China) se revuelca en el lodo del interés mientras sectores de la más rancia esfera conservadora aceptan esta típica naturalización posmoderna como algo casi evolutivo y no degenerativo.

Dice Eagleton “por su ostentosa apertura hacia el Otro, el posmodernismo puede casi ser tan exclusivista y censor como las ortodoxias a las que se opone. Se puede hablar largo y tendido de la cultura humana pero no de la naturaleza humana, de género pero no de clase, de cuerpo pero no de biología,... es una heterodoxia evidentemente ortodoxa”, lo que es un

oxímoron. Pareciera que el posmodernismo se declara rebelde pero no anticapitalista, nunca busca el fondo, siempre queda en una posición de no violentar desde la base al sistema; como dice Eagleton: no se puede sacar la alfombra debajo de los pies de los demás si nosotros también estamos sobre ella.

Las sociedades típicamente posmodernas, superficiales, individualistas como lo son las sociedades conservadoras (por ej.: EEUU e Inglaterra) se destacan por poseer raíces fuertemente metafísicas contenidas en conceptos tales como Dios, libertad, nación y familia.

El posmodernismo podría citarse ya no como la evolución de la modernidad sino como la evolución del capitalismo, donde el mundo todo está en pocas e inescrupulosas manos que juegan el juego del poder del modo más virulento posible; solo así se concibe que una realidad donde una persona que no puede afrontar su hipoteca pierda su casa y se quede así mismo con la deuda, toda una afronta al individuo que se creía superada en la modernidad y que resulta ocurra en una “anormalidad” total amparada por la letra chica de contratos leoninos al resguardo de “estados o corporaciones judiciales” independientes de toda nación real.

Los estados tras la ola neoliberal

Pierre Bourdieu nos habla de la “mano izquierda y la mano derecha del estado”². En Europa, y en un contexto diferente al norteamericano, estas últimas décadas han mostrado el distanciamiento, entre la mano izquierda y la mano derecha del estado; obviamente el sociólogo se refiere a situaciones de su Francia donde más allá del poco margen que las coyunturas económicas dejan se ve como la mano derecha del estado no ve o decide dejar de saber lo que hace su mano izquierda. Esa mano izquierda operativa que es la que se encarga del trabajo social, de que la educación pública y la salud pública funcionen, que es la guardia de las conquistas del estado de bienestar, y una mano derecha que en el discurso público ensalza a la empresa privada como nueva panacea. Bourdieu nos dice que todo esto resulta más sorprendente al tratarse de un estado socialista que debería garantizar los servicios públicos. Es así que esa mano izquierda del estado se siente engañada y desautorizada permanentemente. Todo ese cuerpo de individuos se rebela por algo que va más allá de un reclamo salarial o por no contar con los elementos básicos para cumplir la función que se les ha encomendado.

El estado de bienestar producto de sociedades con estados grandes y participativos fue puesto en tela de juicio por el neocapitalismo. El replanteo de la sociedad trabajador/consumidor-empresa/capitalista incluyó también el reclamo sobre esos gastos “superfluos” que significaban la educación y la salud pública entre otras acciones. Una clase media acomodada abrazó ese reclamo ya que equivocadamente se sintió y se siente parte del lado del capital no notando que el próximo ajuste puede incluirlos y enviarlos a la C2, C3 o D. Eso ya pasó, solo que se ha olvidado. En los ochenta no fue nada raro observar a ingenieros conduciendo taxis por las calles del centro de Buenos Aires; los hijos de esos profesionales frustrados nunca tuvieron un aliciente para concurrir a las aulas, los pocos que lo hicieron emigraron, en gran número, en los noventa. Hoy gran parte de esa dotación de cerebros educados y sabios retorna del exterior conformando una de las máximas recuperaciones a las que puede aspirar un modelo de estado.

² Pierre Bourdieu. Cortafuegos. La Mano Izquierda y la Mano Derecha del Estado. Entrevista con R.P. Droit y T. Ferenczi, publicada en Le Monde el 14 de enero de 1992

En conclusión.

El mundo occidental ha vivido más de un siglo y medio de capitalismo moderno. Ha visto su desarrollo y expansión, sus beneficios y de cómo se manifestó como el motor de progreso más importante que ha existido. Y ha vivido también sus crisis. Crisis que obligaron a replantear los controles sobre la actividad económica por parte de los estados.

Tras la segunda guerra mundial el capitalismo logra establecer su apogeo en lo que se conoce como su etapa de oro o estado de bienestar. En este contexto o paradigma el sujeto social vivía en un ambiente estable y predecible, donde podía cumplir con toda su vida productiva ejerciendo una misma función o trabajo hasta su retiro. Esa estabilidad se hacía presente en todos los órdenes de esa vida.

En un viraje estratégico hacia finales de la década del setenta EEUU e Inglaterra replantean las reglas del juego capitalista. El nuevo capitalismo requiere libertad total para instalar el nuevo paradigma. Ganancia a cualquier costa, aún a la pauperización paulatina de la población. Migra la producción hacia los países periféricos de muy bajo costo salarial. Esto desequilibra el comercio mundial ya que la competencia con productos con costos operativos tan reducidos no se hacía posible manteniendo las matrices productivas tal cuál funcionaban. La clase trabajadora de la industria automotriz norteamericana vio como su estándar de vida de disolvía junto al achique que la industria efectuaba en sus plantas nacionales. Inglaterra mostraba sus suburbios en áreas metalúrgicas tradicionales devastados por la falta de trabajo. China asomaba poco a poco remodelando su comunismo hasta convertirlo en el híbrido actual comunismo/capitalista.

Europa, tras años de incertidumbre, decide la eurozona o Mercado Común Europeo como única medida para defenderse del ataque neoliberal; creaban de este modo un mercado interno no de un país sino de varios. Esto acarrió la dificultad que junto a gigantes como Alemania, Francia y Gran Bretaña se subían países como España, Grecia, Irlanda (en realidad todos los demás) con capacidades productivas y monedas relativas débiles que con el paso al euro quedaron en serias desventajas a la hora del comercio internacional por ende en la balanza comercial.

Ganancias colosales y quiebras así de groseras caracterizan a este período. Las clases beneficiadas, una pequeña minoría, se aferran a este modelo mientras las protesta de la masa trabajadora o los no beneficiados, la mayoría, es limitada por las fuerzas represivas establecidas a tal fin. Los estados sufren las consecuencias de una corriente que para lograr su objetivo requiere mínimos controles, por lo tanto son desguazados con la excusa de ser grandes, ineficientes y onerosos.

Algo puramente local: en Argentina en una primera instancia de ese proceso, de 1976 hasta 1983, lo inicial fue la apertura de los mercados a la producción extranjera con consecuencias fatales para las grandes industrias y las pymes nacionales; los mercados financieros establecieron todo su poder y la dependencia con centros de regulación financiera y económica externos (FMI, Banco de París, etc.) que dictaminaba el curso que la nación entera debía seguir. El retorno de la democracia argentina restableció las instituciones y el estado de derecho pero no contó con la fuerza necesaria para detener esa tendencia. En los noventa es cuando el neoliberalismo arremete con todo su poder dándole inicialmente a la clase media la posibilidad de expansión que reclamaba. Ese impulso comenzó a menguar a mediados de la década haciéndose insostenible hacia el final de la misma. Las recetas neoliberales habían dado en la tecla: todos aquellos que se pudieron enriquecer lo hicieron. A expensas del resto de la población. Argentina quedó sin industrias, sin ferrocarriles, sin línea aérea, sin su empresa de energía (YPF), y sin el aire ya que se privatizaron hasta los espectros radioeléctricos. Todo en aras de la ganancia sin controles. Es esta una etapa donde la clase media favorecida emerge hoy reaccionaria a la

redistribución de un modelo de corte popular. Reaccionaria y peligrosamente antidemocrática que demuestra, siempre que puede, que está dispuesta a cualquier alianza con tal de defender privilegios adquiridos de poco pedigrí.

Un llamado de atención: la ciudadanía de países como los EEUU, creadores y defensores de este sistema monetarista, comenzaron a repensar su sistema de vida, al menos algunos, a partir de la crisis del 2008, cuando su estado, en contra de todos sus preceptos ideológicos y prácticos, salieron al rescate de las entidades financieras que los habían llevado al borde del abismo. La excusa fue “too big to fail”, había que salvarlos ya que eran demasiado grandes o trascendentes para caer lo cual significaría un derrumbe general.

Ya en el campo neoliberal y posmoderno, la cultura, ese entretejido de significantes (Geertz), se reconfiguró para un escenario de extrema individualidad, donde llegar primero se hizo premisa, que hizo y hace suponer que quienes no llegan no sirven, una cultura que abandonó grandes y pesados relatos que conspiraban contra ese desarrollo y renovación tan necesarios, pero que requería una moderación que el neoliberalismo no está dispuesto a aceptar y que sucedió que arrojando lastre tiraron hasta el timón. La vida cotidiana es un muestrario de actitudes muy poco racionales que solo se sustentan por la ambición de ser o llegar primeros o por la de la posesión material. Competencia, xenofobia, derecha reaccionaria, ostentación y un poco de preceptos religiosos como bálsamo anestésico para poder seguir con la parodia; todas características de las clases sociales del modelo neoliberal.

Si se analizan los elementos propios de capitalismo y del neocapitalismo o neoliberalismo seguramente encontraremos conmensurabilidad teórica (Kuhn), donde el segundo se cimenta en el primero incorporando nuevas recetas que lo potencian, lo hacen más virulento, donde la falta de controles se exhibe como un elemento teórico no propio que desde el exterior del sistema buscó regularlo y que en esta nueva versión se han eliminado. Indudablemente existe una continuidad estructural con una expresión cultural enmarcada en la posmodernidad que se muestra desfachatadamente como la manera más adecuada de vivir en esta época.

Alguna vez Adam Smith consideró que los sentimientos morales, buenos por naturaleza, regirían las conductas de los sujetos, y que el mercado, libre, sin ataduras y autorregulado proveería los mecanismos necesarios para asignar equitativamente los recursos y beneficios de la actividad económica. Aún se cita esto como aplicable a la realidad.

Hobbes por su parte proclamaba “Homo homini lupus”, el egoísmo psicológico donde las conductas altruistas son reducidas a un anhelo. Plantea “El Leviatán” como ese monstruo al que todos deben someterse como única manera de convivir; un planteo tanto hacia un estado absoluto como hacia el contrato social.

El neoliberalismo parece darle la razón a Hobbes; el hombre sin control es lobo del hombre. El neoliberalismo es la evolución del capitalismo en el sentido más cínico que podamos lograr: si el objetivo era ganar todo lo posible, eso fue logrado. La concentración de recursos económicos es la mayor jamás vista o alcanzada. La transferencia de los sectores medios y bajos a los altos fue de dimensiones sin precedentes y con anuencia de los estados (Megacanje 1999-2001). Las clases beneficiadas en este proceso se muestran como usinas de posiciones reaccionarias y antidemocráticas; aún aquellos sobrevivientes que como remoras se pegan a un proceso que siempre promete beneficios. El beneficio es el nuevo ídolo procaz.

En definitiva, miradas sobre el mismo sistema o elemento que tienen poco o ninguna coincidencia; algo habitual en las ciencias sociales.